



# Autobiografías

Armando Bauleo \*

Sebastiano Mauri. Shadow of Doubt. Video Still. 2006. Gemiliza de Braga Menéndez. Arte Contemporáneo.

Nos hemos reunido para conversar y reflexionar sobre una forma de expresión que se encuentra en los límites entre una manifestación literaria y un autoanálisis, sin caer exageradamente en uno de los dos, ya que involucra solapadamente a ambos.

Ese magnífico etnoanalista George Devereux, aquel que escribió un texto que obliga a pensar la relación entre cultura y psicoanálisis (de la angustia al método) enunció, en su momento, que cualquier objeto que se elige para investigar tiene una pertenencia con el observador. Entonces, por más lejano y ajeno que sea nuestro objeto de estudio en algún punto tiene una conexión con nosotros mismos.

La autobiografía a este enunciado no sólo lo verifica sino que es su ejemplo palpable. Extraño objeto que

obliga a un desdoblamiento del sujeto empeñado en su construcción, o doble posicionamiento del mismo sujeto necesario para plasmarlo en un texto.

De aquí que sea demasiado mísero considerar esta producción sólo como una presencia del narcisismo del sujeto, ya que esta noción no se confronta con las características complejas que pueden constatarse cuando deseamos acercarnos al escrito autobiográfico para analizar su textura y su sentido.

26-12-1956: "Finalmente he tomado la decisión de tener un diario al cual confiar la memoria de todo aquello triste o feliz que golpeó mi corazón, así que a distancia de años pueda yo recaminar la vida y actividad de aquella época y sobre todo recordar a mi

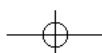
mismo". Es un estudiante de 12 años el cual inicia una autobiografía que implicará 32 años, es decir hasta sus 44 años, se llamaba Federico Nietzsche.

Al comienzo de los años 60 Sartre se anima a organizar una autobiografía, que se transforma en una fenomenología de los sentimientos infantiles frente a los desplazamientos y escenas emocionales dramáticas y cómicas de sus adultos. Todo comenzaría con los avatares vitales de su bisabuelo y sus tres hijos, de los cuales el abuelo Charles se transformaría, para nuestro autor, en un propiciador cultural y una contrapartida existencial de un padre muerto prematuramente.

"Que despilfarro de generosidad había en nuestra familia: mi abuelo me hace vivir y yo constituyo su felicidad, mi madre se sacrifica por todos." "A decir verdad, la temprana retirada de mi padre me había gratificado con un Edipo de lo más incompleto, no tenía super yo (como me lo había sugerido un psicoanalista), pero tampoco agresividad. Mi madre era mía, nadie me discutía su tranquila posesión, yo ignoraba la violencia y el odio, me libraron del duro aprendizaje que son los celos."

En 1925, Freud completa 10 comenzado en 1914 con la *Historia del Movimiento Psicoanalítico*. "Siendo el propósito del presente trabajo trazar la historia del movimiento psicoanalítico, no habrá de extrañar su carácter subjetivo ni la preponderancia en él de mi propia persona. El psicoanálisis es, en efecto, obra mía."

En 1925, más desarrollado el movimiento analítico, más afianzado el reconocimiento de su paternidad puede menos enérgicamente señalar: "En los repetidos trabajos de este género que tengo ya publicado he tropezado siempre con que la especial naturaleza del tema obligaba a hablar de mí mismo más de 1 o que generalmente es costumbre o se juzga necesario".



En ambos escritos parecería que su vida cumple las etapas de la evolución de la ciencia por él creada. Los dos artículos, *La Historia del Movimiento Psicoanalítico* y la *Autobiografía* se transforman en un señalamiento de las etapas y cuestiones que jalonan su obra. Pero, ¿podríamos contentarnos solamente con dicha enumeración?

Creo que hay en ambos artículos un reenviarnos a una lectura minuciosa de esa obra y observar, partiendo del propio autoanálisis de Freud, ver cómo las auto observaciones, las descripciones de sus vinculaciones personales (con Fliess, por ejemplo), de las distintas circunstancias de su vida, las va transformando en conceptos, en sugerencias, en técnicas y en teorías que conforman la estructura de su ciencia. Existiría como una narración continuada entre autobiografía y ciencia y viceversa. La interpretación de los sueños y la psicopatología de la vida cotidiana mostrarían en el cadenciamiento de dicha narración.

Se establece una dinámica de tiempos. Los artículos aparecen como momentos de balance. Existiría un juego entre momentos de la subjetividad y tiempos de la historia. El tiempo se desliza entre ámbitos que lo resignifican.

Ahora bien, ¿cuál es la dirección, hacia dónde apunta una autobiografía, para no decir crudamente quién o quiénes están en el otro extremo de la comunicación autobiográfica?

"A mí mismo", responderá Nietzsche. Al posible "futuro de su ciencia", sugiere Freud. Sartre subraya: "Podemos deshacernos de una neurosis, pero no curarnos de nosotros mismos".

Foucault había señalado que la interpretación al final alcanza al mismo interpretador. Presumimos que implicada en la autobiografía se halla un esbozo de

búsqueda de un rastro, es decir tantear la presencia de otro sentido, en algún pliegue de lo que se está transcribiendo, como si estuviese tratando de establecer una interpretación a aquel tiempo pasado que adquiere hoy otro tinte o realidad.

"A los 30 años logré el estupendo hecho de escribir *La Nausea* -se me puede creer que muy sinceramente- la existencia injustificada, salobre de mis congéneres y de poner a la mía fuera de casa. Yo era Roquentin, mostraba en él sin complacencia la trama de mi vida, al mismo tiempo era yo, el elegido, analista de los infiernos, foto microscopio de vidrio y acero inclinado sobre mis propios jarabes protoplasmáticos". Sartre va finalizando así su texto *Las Palabras*.

Reina en la autobiografía una doble dirección, flechas hacia diferentes horizontes, para un afuera y un adentro del sujeto, los otros y él, un revivir viejas circunstancias a través de un armazón de ideas y de pensamientos, afectos transversales y ese rememorar que tiene visos de armar un legado, una herencia. Se escribe sobre el pasado dirigiéndose a un esfumoso futuro.

En el presente aparece una actividad, el escribir, como una obligación de dejar un manuscrito. Recordar, reacomodar imágenes y sensaciones, fijadas en un texto y enviadas hacia un después.

El cuándo, el porqué y el cómo se recibirán estas particulares misivas, se hace difícil de determinar. Se establece de una manera peculiar una especie de transmisión que, en Nietzsche y en Freud, es casi explícita. En Sartre, su comunicación apunta a comentar los efectos de una mirada sobre nosotros mismos, un señalamiento furtivo sobre nuestros compromisos existenciales.

Al leer la autobiografía se suscita una sensación o percepción o impresión que habría en ellas un desafío

a la historia, o mejor dicho, una lucha tenaz contra el desgaste que ella produce sobre las imágenes recordatorias de nuestra existencia. Nos encontramos con la intención de ir más allá de ese desgaste, de indicar que habría un derivado de lo que hicimos en el transcurso de nuestra vida, de resultados o productos para aprovechar.

En el prólogo a su *Ecce Homo* (estación última de sus intentos autobiográficos, la cumbre más alta en la historia universal de la autobiografía, según algunos autores) Nietzsche asienta: "Entre mis escritos ocupa mi *Zaratustra* un lugar aparte. Con él he hecho a la humanidad el regalo más grande que hasta ahora ésta ha recibido. Este libro dotado de una voz que atraviesa milenios, no es sólo el libro más elevado que existe, el auténtico libro del aire de altura -todo el hecho "hombre" yace a enorme distancia por debajo de él- es también el libro más profundo nacido de la riqueza más íntima de la verdad". "No habla en él un profeta, uno de los espantosos híbridos de enfermedad y voluntad de poder denominados fundadores de religiones". Recordemos que el subtítulo de *Ecce Homo* es *Cómo se llega a ser lo que se es*.

Alguien o varios, en otras épocas, podrán usufructuar de esos productos, prolongados con otras creaciones o reflexionar sobre ellos o llevar a cabo la formación de senderos nuevos en la misma vida propia. Sería como dar elementos a una reproducción no biológica, sino fantasmática de nuestra existencia.

Los autobiografistas proporcionan una serie de formas para repensar la cotidianeidad pasada, empujan a instrumentalizar la experiencia, digamos con un cierto aire de optimismo aventurero, sin lo cual la caída de Dios, por nuestros autores profetizada, nos arrastrará en su desmoronamiento.

<sup>3</sup> Armando Bauleo, es psiquiatra y psicoanalista.